



PROJECT MUSE®

Martí y Blaine: entre la colonialidad tenebrosa y la emancipación inalcanzable

Thomas Ward

Cuban Studies, Volume 38, 2007, pp. 100-124 (Article)

Published by University of Pittsburgh Press
DOI: [10.1353/cub.2008.0005](https://doi.org/10.1353/cub.2008.0005)



➔ For additional information about this article

<http://muse.jhu.edu/journals/cub/summary/v038/38.1ward.html>

*Martí y Blaine: entre la colonialidad tenebrosa y la emancipación inalcanzable*¹

RESUMEN

Este artículo propone ubicar a José Martí en un contexto teórico basado principalmente en los ensayos que él escribió durante su estadía en Estados Unidos. La teoría que él postula va más allá de la retórica meramente política anticolonialista que repudia el dominio que España ejercía sobre Cuba y expone dos otras facetas del colonialismo: la subordinación económica a través de tratados o conferencias internacionales así como también la subyugación psicológica inherente a la respuesta humana a estos tratados y conferencias. Esta *psicocolonialidad* resulta en actores individuales y nacionales que se convierten en protagonistas de dos caras en sus esfuerzos por obtener las mejores ventajas económicas, muchas veces a detrimento de otras naciones latinoamericanas. Martí propone la verdad y el honor como un remedio a la *psicocolonialidad* con la esperanza de vencer a las estructuras hegemónicas inherentes en el panamericanismo.

ABSTRACT

This article attempts to locate José Martí in a theoretical context based primarily on the essays he wrote while in the United States. The theory he postulates goes beyond mere political anticolonialist rhetoric repudiating Spain's dominance over Cuba and exposes two other facets of colonialism: economic subordination by means of treaties or international conferences as well as the psychological subjugation inherent in the human response to such treaties and conferences. This *psychocoloniality* results in individual and national actors becoming duplicitous in their efforts to obtain the best economic advantage, oftentimes in detriment to other Latin American nations. Martí proposes truth and honor as a remedy for *psychocoloniality* in the hopes of overcoming the hegemonic structures inherent in Pan-Americanism.

De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.

José Martí (02/11/1889, EU, 1330b)²

En este trabajo señalaré cómo José Martí es consciente de ciertas condiciones económicas y políticas que conducen a que proclame la necesidad de una

“segunda independencia” para Latinoamérica, como lo hace en el fragmento que se reproduce en el epígrafe. Tales rasgos incluirán las condiciones económicas de Cuba durante la segunda mitad del siglo XIX, y los mecanismos del primer congreso panamericano, las tramas tejidas en él por el político estadounidense James Gillespie Blaine y el impacto de éstas en la mentalidad de los diplomáticos latinoamericanos que participaron en el congreso. Los complejos problemas presentados requieren un léxico preciso para distinguir entre los significados inherentes de los términos *colonialismo*, *neocolonialismo* y *psicocolonialismo*.³

En un sentido rudimentario, *colonia* es un territorio ocupado política y militarmente por un poder extranjero. Se refiere al espacio geográfico o al tiempo durante el cual sucedía la dependencia. Este segundo caso se expresaría igualmente con el vocablo *colonialaje*. A su vez, el *colonialismo* es el proceso en que un poder conquista otros espacios, y la *colonialidad*, voz elaborada con el sufijo *-dad* que, según la Real Academia Española connota “‘cualidad’ en sustantivos abstractos,”⁴ lo constituye la condición social de la gente e instituciones subordinadas. González Prada, en la década que precede la muerte de su contemporáneo Martí, describe este fenómeno como “la tradición española” o el “espíritu castellano” que impulsa que los latinoamericanos acepten a los peninsulares como “los amos intelectuales de Sudamérica.”⁵ No por otra razón Martí proclama que “la colonia continuó viviendo en la república” (1891, *OC*, 6: 19).

Mientras que el colonialismo es directo y obvio para los avasallados, el *neocolonialismo* no lo es necesariamente. La forma más fácil de entender este último es cuando un país coloniza a otro dejando que éste preserve su dominio político pero no el económico ni cultural. Se efectúa mediante mercados y préstamos bancarios. Estos dos patrones de control no operan aisladamente y Fernández Retamar comenta una tensión entre el mundo colonial, Cuba, y el semicolonial, Latinoamérica.⁶ El colonialismo que subordinaba a Cuba antes de 1898 era obvio, pero el otro, lo que para nosotros sería neocolonial, sólo lo era debajo de la superficie de las relaciones internacionales que aparentaban ser progresistas. Cuando el colonialismo español persistía entrelazado con una red cada vez más neocolonial (las presiones que emanaban de Europa y de Estados Unidos, y las reverberaciones de éstas en las interrelaciones hispanoamericanas), se imposibilitaban las soluciones libertadoras.

Tal circunstancia conduce al último colonialismo, el mental, que existe en todas las épocas cuando los sujetos subordinados elucubran estrategias de supervivencia. Éstas varían según los matices de la colonialidad o neocolonialidad que determinan las condiciones locales. La dificultad consiste en que lo mental deja pocas huellas ya que un pensamiento indocumentado es efímero. No importa si un esclavo esconde su creencia en un dios africano al denunciar a otro por el mismo “delito,” si una mujer se cree hombre y acaba con la vida de

otros hombres para probar su “masculinidad” evitando de esta manera el convento, o si un diplomático ansioso por el “progreso” de su nación o interesado por su propio bien material se olvida de los países hermanos buscando ventaja con los poderosos, el colonialismo anímico es un rasgo que no debe descalificarse. Surge, entonces, la necesidad de proponer dos neologismos para precisar este fenómeno: el *psicocolonialismo* y la *psicocolonialidad*. El primero se refiere a la “guerra psicológica” que un pueblo lanza a otro para someterlo, y el segundo alude a la mentalidad subordinada, como por ejemplo la herencia española que reside en las mentes latinoamericanas o el deseo en éstas de acercarse a Estados Unidos en busca de una ventaja económica, aunque se trate de un acercamiento asimétrico.

Es casi un cliché anunciar que José Martí dedicó su vida a luchar por la independencia de Cuba. Sería más preciso afirmar que él tenía que abogar contra el colonialismo de Estados Unidos sin alienar un trío de corrientes cubanas, la independentista, la autonomista y la anexionista,⁷ navegando entre postulados, presiones e intereses latinoamericanos regidos por una neocolonialidad intrínseca, derivada de las mutuas relaciones hispánicas, y entre éstas en juego con Estados Unidos y Europa. Para desentrañar estas variadas redes de subordinación, mencionaré la estrategia directa de Martí ante el colonialismo, después, su profunda preocupación por el neocolonialismo, y finalmente, a la luz de algunas epístolas no muy estudiadas, me centraré en el reconocimiento que hace Martí de las condiciones llamadas aquí psicocolonialismo, que regía a los diplomáticos hispanoamericanos, quienes por su parte ejercían control sobre sus homólogos. Con respecto al primero, es acaso el aspecto del pensamiento martiano más estudiado; por lo tanto, en esta oportunidad, me limitaré a ofrecer un esquema básico antes de ofrecer disquisiciones sobre los otros dos.

El colonialismo y Cuba

La primera clase de colonialismo, encarnada en la Conquista, se contempla temprano cuando Colón llega a Cuba el 27 de octubre de 1492, y la explora más durante su segundo viaje. La acción directa se inicia en 1510, cuando Diego Velásquez comienza a reconocer el terreno y a conquistarlo, y persiste sólida e incontrovertiblemente durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Ortiz nos recuerda que al lado de oidores y frailes entraron a Cuba los encomenderos, aquellos señores feudales que “venían movidos por la economía del capitalismo mercantil y aun del industrial que ya alboreaba.”⁸ Según esta tesis, dentro de la misma red colonialista del siglo XVI se hallaban los pilares capitalistas que harían posible la coyuntura para insertar a Cuba en el sistema neocolonial del siglo XIX. Durante la primera mitad del siglo XIX, debido a conflictos intra-europeos, la invasión napoleónica en España y el liberalismo peninsular, el control transatlántico comienza a suavizarse hasta cierto punto. En 1817 se

anula el monopolio de la Real Factoría de Tabacos en La Habana y al año siguiente se autoriza a los empresarios cubanos el libre comercio con otros países.⁹ Durante la segunda mitad del siglo, la economía de la isla es destruida sustancialmente por dos guerras, una entre 1868 y 1878, y la otra entre 1879 y 1880.¹⁰ Sin embargo, el colonialismo persiste, y consiste en la primera y principal preocupación de Martí, tanto que representa el primer acto político de su vida.

A raíz de una carta que el joven estudiante y su condiscípulo Fermín Valdés habían escrito a su mutuo amigo Carlos de Castro reprochándole su adhesión a los “voluntarios”, paramilitares que defendían el poderío metropolitano en Cuba, el futuro poeta modernista fue condenado a seis años de trabajos forzados.¹¹ Afortunadamente pudo salir del presidio después de seis meses, para terminar en el exilio. De aquellos meses de cautiverio, siempre tendrá memorias, las que lo inspiran a publicar *El presidio político en Cuba*, en 1871.

En este temprano ensayo, se enfrenta directamente al colonialismo cuando sentencia: “arracad el palo al miserable apaleador” (1871, *OC*, 1: 46). Desde una perspectiva ética, reconoce que “España no puede ser libre, mientras tenga en la frente manchas de sangre” (1871, *OC*, 1: 48). Por lo tanto, pide a los mismos peninsulares, “que reparéis algunos de vuestros más lamentables errores” (1871, *OC*, 1: 49). Con deseos de escarmentar a los metropolitanos, el joven formula tres preguntas retóricas: “¿España se regenera? No puede regenerarse. / ¿España quiere ser libre? No puede ser libre. / ¿España quiere regocijarse? No puede regocijarse” (1871, *OC*, 1: 56). Las imágenes de un palo implican la fuerza, la sangre, la violencia, los errores, el maltrato. Son rasgos de un colonialismo directo que un gobierno foráneo impone brutalmente. Es la violencia la que se destaca en su ensayo, uno de los atributos principales del colonialismo. Pero si éste no fuese suficiente, surgen nuevas estructuras hemisféricas de poder que dificultan aun más la situación de Cuba, aunque sean menos violentas, más sutiles, y sustancialmente más complejas.

El establecimiento del sistema interamericano

No es ir demasiado lejos afirmar que el sistema interamericano tiene sus orígenes en la Doctrina de Monroe, la que pasa por varias etapas antes de llegar a influir en el establecimiento de la Organización de Estados Americanos. En una sucesión de políticas, el sendero se establece: la promoción de Clay de un sistema con Estados Unidos en el centro y la América española a su lado (1819), el papel de John Quincy Adams en excluir los poderes extrahemisféricos de las Américas (1819), la declaración doctrinaria de Monroe contra la nueva colonización en las Américas (1823), la resolución de Grant sobre la no transferencia de tierras (1870), que culminan en la primera llamada a un congreso inter-

americano por el secretario de Estado, James Gillespie Blaine, el 29 de noviembre de 1881, declarada en la sombra de la Guerra del Pacífico (1879–1883).¹² La meta de Blaine consiste en que los estados americanos resuelvan los problemas de su hemisferio. Con el asesinato del presidente Garfield, Blaine tendrá que esperar dos lustros para realizar su congreso panamericano.¹³

La Organización de Estados Americanos evoluciona a partir de instituciones anteriores y de una serie de congresos que la promulgaron, todos constituyentes de lo que Scheman llama el sistema interamericano. Su desarrollo se efectúa en tres etapas, la de la Unión de las Repúblicas Americanas, la de la Unión Panamericana, y la de la Organización de Estados Americanos. No interesa aquí esta trayectoria en su totalidad sino las primeras décadas y, en particular, la primera asamblea a la cual Martí asistió en calidad de cronista.

Aunque la OEA ha sufrido una decadencia en las últimas décadas mostrando, por ejemplo, su impotencia ante las guerras centroamericanas durante los 80,¹⁴ o ante el fenómeno de los desaparecidos políticos en Sudamérica,¹⁵ los cuatro congresos, en Washington (1889), México (1902), Río de Janeiro (1906) y Santiago de Chile (1923), causaron grandes debates. Casey escribe en 1933 resumiendo las dificultades, y ofrece dos que encarnaron la atmósfera de las juntas: la desconfianza de los estados latinoamericanos ante un directorio derivado de la autoridad del secretario de Estado estadounidense y la declaración de que los delegados no deben emitir opiniones sobre la política, para concentrarse, en cambio, en los intereses comerciales.¹⁶ Martí desde luego no fue tímido a la hora de romper la prohibición contra el discurso político: recomienda el arbitraje obligatorio entre iguales y una prohibición en contra de la conquista territorial (18/04/1890–03/05/1890, *EU*, 1399–414).

El primer congreso, el de Washington, es patrocinado por el secretario de Estado James Blaine, el caballero emplumado de Maine. Para explicar un poco quién era este hombre, y cuál era la ideología washingtoniana, es indispensable destacar el doble discurso que emplea. Me explico. En una afirmación de 1890, el ministro plantea que Estados Unidos ya no buscan expansión de territorios sino de comercio.¹⁷ Esta postura implica la superación de una política colonialista, aunque sin negar otra neocolonialista. Un año después escribe una carta al presidente Harrison en la que afirma la importancia de apoderarse de Cuba, Puerto Rico y Hawaii.¹⁸ En este caso, contradiciendo su postura anterior, favorece una política colonialista, la apropiación directa de un territorio ajeno. Cuando este mismo Blaine de Maine organiza el primer congreso interamericano en 1889, establece el tono para dejar afuera los temas políticos y enfocarse en problemas crematísticos. LaFeber resume éstos: uniones de aduanas, estándares monetarios y una política comercial de reciprocidad para reducir los aranceles.¹⁹ Es decir, que se incide en la creación de un ambiente propicio para el neocolonialismo que implica la subordinación de la política a lo económico. En el mismo momento, Cuba es vulnerable al neocolonialismo, su economía va

sufriendo dos contratiempos cuantificados por Louis Pérez. El primero consiste en los daños que resultaron de la Guerra de Diez Años cuando entre 1862 y 1887, en el oriente del país, donde había más actividad militar, el número de ingenios se reduce de 1.362 a 1.191, el de granjas de café de 782 a 192, el de tabaco de 11.550 a 4.515 y el de ganado 8.834 a 3.172. El segundo estriba en cómo los empresarios de Estados Unidos aprovechan de la depresión económica para comprar los ingenios y granjas en bancarrota para reorganizar el sistema, creando expansivos latifundios corporativos²⁰ y desviando caudalosas ganancias a su país. Debido a estos cambios en el campo legal del libre comercio concedido en 1818, las exportaciones cubanas de azúcar a la nueva metrópoli van de un 65 por ciento en 1865, a un 82 por ciento en 1877, y llegan a un 90 por ciento en vísperas de la guerra de 1895.²¹ Las inversiones estadounidenses, según Halperin Donghi, incluirán el comercio, el transporte, la industria y hasta la adquisición de tierras.²² Estrade lo pone en términos de “la tierra, los monopolios, las relaciones comerciales, el panamericanismo económico y financiero.”²³ Otra articulación de esta índole, de acuerdo con Halperin Donghi, se efectúa con préstamos al gobierno, dejándolo con la “obligación de pagar deudas en metálico.”²⁴ Se pasa de la primera fase de la modernidad, encomenderos que vienen con la conquista, a lo que Mignolo llama la segunda fase de la modernidad, que bebe de las fuentes de la Ilustración,²⁵ en la que los ejes ibéricos pierden sus posesiones al surgir las nuevas jerarquías. Éstas, cuajadas por los efectos comerciales de la Revolución Industrial, establecen estructuras neocolonialistas.

Cuando el dinero se convierte en factor principal, es factible que resulte de las operaciones de individuos poderosos. De este modo, mientras que el neocolonialismo se inculca a escala hemisférica, no necesita de ejércitos para hacerlo. Unos pocos hombres pueden imponerlo. El escrutinio de uno de sus promotores pondrá al desnudo ciertos mecanismos que lo alimentan. Tal es el caso de Blaine quien, por razones egoístas nada gubernamentales ni sociales, secuestra a un congreso significativo a todo el continente. Como se verá, el comportamiento del flamante ministro es sugestivo porque en él pueden estudiarse minuciosamente las maniobras para evitar el control directo del Estado. Cuando el congreso de Blaine propone la reducción de aranceles en un campo pecuniario ya tan desigual para Cuba, propuesta que implica mayor fuga de capitales cubanos en un ambiente donde se prohíbe el discurso político, Martí responde en términos inequívocos contra el sistema neocolonial.

Martí, el “interamericanismo” de Blaine, y la conciencia clara del neocolonialismo

¿Dónde se halla Martí en este proceso? Durante su último exilio, el que sufrió en Estados Unidos, Rotker descubre tres períodos nítidos en su evolución como

pensador. El primero, de 1881 a 1884, lo encuentra como espectador en un nuevo país; el siguiente, de 1884 a 1892, documenta un proceso de radicalización, y un creciente interés en lo económico; el último, de 1892 a 1895, culmina con un Martí revolucionario, que se sacrificaría en el campo de batalla.²⁶ El esquema de Rotker funciona si la segunda fase comienza en el '83, es decir un año antes, cuando Martí desenmaraña un tratado comercial firmado entre México y Estados Unidos. Es esta segunda fase (1883–1892) la que nos interesa aquí: la preocupación por los tratos económicos y la conciencia clara del neocolonialismo, cuando el revolucionario se obstina en que los hispanoamericanos deben “declarar su segunda independencia” (02/11/1889, *EU*, 1330b). Sin valerse del término neocolonialismo, acuñado en 1961, Martí percibe la organización y elementos de este sistema tan temprano como la penúltima década del siglo XIX, que se asocia más con Estados Unidos que Europa.

Martí conoce bien al enorme país norteamericano. Según ha observado Mead, sus “Escenas norteamericanas” constan de más de dos mil quinientas páginas, a las que siguen muchas referencias aisladas.²⁷ Dentro del monstruo, como dice al final de su vida, Martí tiene muchas oportunidades para analizar la gran nación y uno de sus temas preferidos es precisamente la subordinación creciente del Sur al Norte. Una clave para entender los mecanismos neocolonialistas se halla en el análisis que Martí efectúa por más de una década sobre el destacado y poderoso político republicano James Gillespie Blaine, iniciado con sus primeras observaciones sobre el asesinato del presidente Garfield, cuando Blaine, en una época en que los secretarios de Estado ejercían más poder que los actuales, mantiene a flote el gobierno a favor del ala progresista del partido republicano ganando el respeto del pueblo. En su primera “Carta de Nueva York” para el periódico venezolano *La Opinión Nacional*, Martí explica a los sudamericanos que “Blaine, en quien brilla luz de genio, quiere nación libre, tesoro puro, derecho asegurado; quiere la grandeza americana por las libertades que han hecho la fortuna de este pueblo” (20/08/1881, *EU*, 9b). En otro ensayo de aquella época discurre sobre “Blaine, este brillante hombre, capaz de una política sana, intrépida y gloriosa, y amigo de la América del Sur” (16/10/1881, *EU*, 18b). Entrelaza a este hombre con las repúblicas del Sur más sólidamente cuando aclara que “hay brillo latino en los actos y sentimientos de este elocuente norteamericano” (15/10/1881, *EU*, 50b). Martí, en su alabanza, no es inocente y explica a sus lectores que “es Blaine un hombre poderoso, por el respeto que inspira, los recursos que crea, las simpatías que en torno suyo mantiene, y la maestría con que se mueve entre los grandes obstáculos que le alcanzan sus temerosos adversarios” (15/10/1881, *EU*, 49a–49b). Los elogios martianos no duran mucho.

Dos años después de sus pronunciamientos positivos emitidos sobre el famoso estadista estadounidense, Martí, ahora para el periódico argentino *La Nación* y en plena campaña electoral estadounidense, cambia de parecer, y ve a

“Blaine, a la cabeza de capitalistas, industriales amigos de la tarifa alta y gente ambiciosa y acometedora,” una persona “muy diestra en manejar pasiones de hombres,” un individuo a quien “no le consume el ansia del bien nacional, sino la necesidad del brillo propio” (28/04/1884, *EU*, 355b, 356a). Desde aquel momento, Martí desasociará a Blaine de los ideales democráticos, y lo concebirá como un político que representa un peligro para Cuba y para Latinoamérica.²⁸ Guardará este concepto del estadounidense un lustro más, llevándolo a su análisis del primer congreso interamericano.

Manteniendo el concepto que desarrolló durante la convención republicana de 1884 para el congreso panamericano de 1889, Martí reconoce las marrullerías de Blaine, quien llega a acaudillar el congreso por una “deliberación secreta” (04/10/1889, *EU*, 1314a). Como resultado de aquéllas, se queda con la presidencia del cónclave, aparentando cínicamente que no la quería (04/10/1889, *EU*, 1313b, 1314c–15a). De esta guisa, se alza una cortina de humo, anunciando una cosa, haciendo otra. El cronista conoce bien el carácter de este “arrogante Blaine,” capaz de la “política sin escrúpulos,” un “aventurero” (09/01/1889, 05/03/1889, *EU*, 1173a, 1197a). Llega a esta conclusión porque lo había observado de cerca. En “Noche de Blaine,” describe una arenga pública en la que él ofrece los hechos para defender los fines republicanos y, luego explica, cómo los manipula. Califica el discurso de “falsedad” (20/10/1888, *EU*, 1131a). No por nada, él nota, Chile y Argentina se opusieron a su nombramiento como presidente de la asamblea (04/10/1889, *EU*, 1315a–15b).

Es lugar común que Blaine haya participado en actividades corruptas y hasta se puede afirmar como lo hace LeFaber que una acusación así no sería injusta, pero sí relativa cuando los legisladores se vendían y se compraban regularmente durante la *Gilded Age*, la edad dorada.²⁹ No puede ser de otra manera cuando gana 100.000 en dólares decimonónicos, de una sola transacción, de la línea de ferrocarriles de Little Rock and Fort Smith.³⁰ Cuando se desempeñaba como secretario de Estado en la administración Garfield (1880–1881), a raíz de la Guerra del Pacífico, ordenó a los embajadores estadounidenses en Perú y Chile que concertaran la paz entre sendas naciones. La faz sombría de una acción que debía ser noble consiste en que, como parte de las negociaciones, Blaine exigió de los dos países lo que Morison llama “una demanda dudosa en la cual un amigo suyo tenía interés.”³¹ Se trata de una de dos reclamaciones contra el gobierno peruano, la primera de Alexander Cochet, la segunda de John Theophile Landreau. La idea es que si Estados Unidos pagaran la solicitud, Perú no perdería territorio pero se convertiría, sobre la base de su nueva deuda, en un protectorado de Estados Unidos. En una carta a su ministro plenipotenciario, Blaine repudia la del francés Cochet, pero no la del francoamericano Landreau, afirmando que, a partir de investigarla y encontrar su validez, “*it should be provided for in any treaty with Chile which*

might affect the property to which it attaches.”³² En la prensa y en la investigación posterior, Blaine se juzga, en relación con estos acontecimientos, como un inocente o un malvado.³³ Martí se familiarizaba con ellos, los que especifica como sobornos “a cambio de acciones en el ferrocarril”³⁴ y esfuerzos de “hacer del Perú, so capa de garantía, una como intendencia norteamericana” (07/03/1889, *EU*, 1198c–99a). Martí conoce muy bien los acontecimientos del Pacífico, no sólo había leído la *Historia de la Guerra del Pacífico*, de Diego Barros Arana, cuando trabajaba como maestro en Venezuela,³⁵ sino que había tomado apuntes copiosos llegando a anotar un pensamiento singular: “Niego a Chile el derecho de declarar la guerra al Perú” (1881, *OC*, 21: 300). Después en Nueva York sigue los sucesos diariamente en la *New York Herald*. Con su capacidad superior de analizar y sintetizar ve cómo Estados Unidos se aprovecha de una situación trágica y ve a Mr. Blaine en el ojo del huracán, con “su uso oportuno de las preocupaciones nacionales, que atiza y aprovecha” (07/03/1889, *EU*, 1198a). Sintetizando lo ocurrido, afirma: “se unieron el interés privado y político” (02/11/1889, *EU*, 1333b). Ésta es la talla del organizador, usurpador, diría Martí, del Congreso Interamericano.

Para entender el Congreso habrá que analizar a su organizador. Siete años antes, comentando el Blaine de la época del asesinato del presidente Garfield, Martí había establecido un precepto: “El hombre no es lo que se ve, sino lo que no se ve. Lleva la grandeza en sus entrañas” (04/03/1882, *EU*, 166a). Esta misma fórmula se repite siete años más tarde (es decir, dejando atrás el primer período neoyorquino y bien entrado en el segundo), pero ahora ampliando su campo de significación de un individuo a un terreno social más amplio: “las entrañas del congreso están como todas las entrañas, donde no se las ve” (28/09/1889, *EU*, 1302b). Lo echa de cara a sello, invirtiendo el significado: las entrañas si antes fueron de un hombre, ahora son del congreso, si antes representaron la grandeza, ahora se refieren a la maleza, y el *kernel* de todo se encuentra en la persona del famoso estadista. Martí dilucida cómo detrás de la civilidad y la democracia fluyen corrientes autoritarias e injustas y cómo los ardides del político estadounidense fomentaban lo que para nosotros sería una neocolonialidad clandestina, dentro de la gran nación angloparlante, y después entre los países de Latinoamérica. Blaine es la araña que teje una telaraña que se va expandiendo.

Lo resbaloso de estas juntas diplomáticas se verifica aun con más claridad en la “Conferencia monetaria de las repúblicas de América,” asociada con el Congreso Panamericano. Con respecto a ella, Martí subraya una contradicción aparente en la actitud de Estados Unidos, los que al principio convocaron una reunión abogando por una moneda común de plata para los países del hemisferio y luego arguyendo en su contra, pretendiendo resolver el misterio ofreciendo disculpas (05/1891, *OC*, 6: 157, etcétera). Algunos de los comisionados descifraban que la incógnita no tenía que ver con Europa como declaraba la

línea oficialista estadounidense sino con la Cámara de Representantes en Washington. Los delegados analizaban este camuflaje sin poder descifrar sus misterios con certeza. Martí reproduce la pregunta que uno de ellos formuló con mordacidad: “¿No sería más prudente, dada la probabilidad de que la nueva Cámara de Representantes vote antes de fin de año la acuñación libre de plata, suspender las sesiones de la Conferencia, por ejemplo, hasta el día primero de enero de 1892, cuando probablemente este asunto habría sido decidido por el gobierno de Estados Unidos?” (05/1891, *OC*, 6: 166) Lo burlón de la paráfrasis lo dice todo: un congreso interamericano será una estafa si el Tío Sam confina sus acciones a sus propios intereses sin consultar con los pueblos al sur del río Bravo. Además, se intuye que sus actividades ofuscan designios escondidos. A fin de cuentas, que un solo oficial llame las cosas por su nombre, no solventará la irracionalidad del poder.

Sería ingenuo cuestionar abiertamente las intenciones furtivas del Coloso del Norte. Existe otro matiz que merece interpretación. Aun sin una maquinaria legal que reprima la libertad de expresión, se detecta la neocolonialidad aquí cuando los delegados “sienten” que no pueden saber la verdad ni deben expresar sus dudas. Martí percibe esta condición cuando formula la siguiente pregunta por su efecto retórico: “¿Quién azuzaba, en una asamblea de mayoría hispanoamericana, la oposición a las proposiciones de los Estados Unidos?” (05/1891, *OC*, 6: 166) En muchas ocasiones Martí es consciente de esta amenaza. En “Madre América”, pronunciado para celebrar el Congreso Panamericano, él avisa que las garras del águila nortea han dejado a las tierras del sur “pálidas y acuchilladas” (19/10/1889, *OC*, 6: 134). Refiriéndose a aquel congreso, con su trasfondo de Blaine y las protestas sofocadas sobre el mismo, Martí recupera las condiciones que encarnaron aquella circunstancia. “Callaron, cuentan, por temor los que por la mucha cercanía o la esperanza de caudales, no tienen las manos libres en el congreso” (04/10/1889, *EU*, 1315b). Lo que comenta es que los mismos comisionados ejercen su profesión dentro de una urdimbre donde no hay libertad de expresión, no por ley sino por no ofender a la naciente superpotencia. De hacerlo se imposibilitaría la adquisición de “caudales.” La convención, cuyos actores constituyen un microcosmos de la política internacional, exige el silencio público y que cada delegado busque su propia ventaja detrás de la pantalla de la diplomacia.

Como se constata, José Martí es consciente de esta triste realidad: el doble discurso y los protocolos utilizados para esconder propósitos indecorosos. Para desenmascararla, había acuñado la expresión “sistema de ocultaciones” (22/02/1885, *OC*, 8: 89) [¡el mismo año en que González Prada hablaba de la herencia española como una forma del colonialismo!]. La política crea una superficie que aparenta evocar la esencia de las cosas, pero no refleja las metas e intereses encerrados en las profundidades tenebrosas. En 1883, Martí había pronunciado la misma preocupación sobre “El tratado comercial

entre los Estados Unidos y México”: no le inquieta el documento en sí, sino “lo que viene tras él” (03/1883, *OC*, 7: 18). Manteniendo esta línea de pensamiento por dos lustros, en “Autonomismo e independencia,” registra el papel encubridor del lenguaje en los convenios y congresos recomendando, “no hay que estar a las palabras, sino a lo que está debajo de ellas” (26/03/1892, *OC*, 1: 355). De esta forma, se queda con la convicción del ya comentado precepto que “en la política, lo real es lo que no se ve” (05/1891, *OC*, 6: 158). Estaba tan convencido de esta realidad bifurcada que la comenta en cuatro lugares distintos. ¿Por qué existe un doble discurso diplomático? La respuesta es sencilla aunque no muy glosada. Martí recuerda que, no obstante la dialéctica pública, “ningún pueblo hace nada contra su interés” (05/1891, *OC*, 6: 158). Con un anhelo de buscar la transparencia en las cosas, el ensayista procura excavar los caminos subterráneos de la política para ofrecer un sendero más resplandeciente.

Sin negar la existencia de plenipotenciarios latinoamericanos cuyo comportamiento descubre una falta de ética, tema del último apartado, consideremos ahora a los que honestamente buscan el bien para sus respectivas naciones, y cómo el campo magnético de la neocolonialidad les podría afectar. Éste, que resulta de las preocupaciones económicas, les coloca límites en lo que pueden expresar y hacer. Adquiere forma con el siguiente apotegma que Martí expresa con perspicacia: “El que vende no puede ofender a quien le compra mucho, y le da crédito” (05/1891, *OC*, 6: 161). Los encargados, a causa de las precarias economías nacionales, no pueden hablar a boca llena. Deben andar de puntillas sin contrariar a ningún otro pueblo. Están regidos por lo que Cristóbal llama “los complejos y delicados mecanismos que los hombres inventan para la organización del poder en la sociedad.”³⁶ El poder se recalca en el espacio donde la voluntad de los pudientes se enfrenta a los deseos de los débiles. Para evitar el naufragio en este mar minado, los delegados primero tienen que intuir el doble discurso, y luego, para tener éxito, necesitan ensalzar a los países limítrofes, complacer a la nación anglófona, y todo esto sin dejar en el aire los intereses de sus propias patrias. Es obvio, aunque huelga repetirlo, que sería un dilema infranqueable lograr el bien en este ambiente.

Subrayados algunos de los mecanismos empleados en el congreso, me lanzaré a algunas observaciones sobre estos procesos en Latinoamérica. Si bien el vocablo *neocolonialidad* no se imaginaba en la época de Martí, él sí es conciente de sus características, lo que tiene ante los ojos, una nueva especie de subordinación. Percibe una red desigual entre iberoamericanos y estadounidenses cuando éstos intentan “ensayar en pueblos libres su sistema de colonización” (01/11/1889, *EU*, 1338). El posesivo “su” implica algo particular, algo novedoso, distinguido del sistema español: surge el imperio informal. Éste incluye las susodichas haciendas norteamericanas en Cuba, pero también una serie de tratados entre los gobiernos de España y Estados Unidos (1884–1894)

para suprimir o reducir los aranceles cobrados en el pescado, azúcar y tabaco desviando capitales cubanos a Estados Unidos;³⁷ sin olvidar el proyecto Meiggs de construir trenes en Perú, el cual casi lleva el país a la bancarrota;³⁸ la oferta boliviana de conceder control del guano a Nueva York para salir de la Guerra del Pacífico sin pérdida de territorio;³⁹ el deseo norteamericano de construir un canal en Nicaragua o Panamá,⁴⁰ y la negociación de un tratado de libre comercio con México.⁴¹ Pero los nexos de subordinación no se confinan a las relaciones hemisféricas. Siempre están allí las naciones de Europa.⁴² La intersección de grados variables de poder ocurre en el punto donde cruzan los enrevesados intereses iberoamericanos, el doble discurso estadounidense y los negocios transoceánicos. Éstos toman una situación sumamente espínosa y la complican aun más. En relación a un sistema monetario hemisférico, Martí es consciente de este peligro: “Si los países de Hispanoamérica venden, principalmente cuando no exclusivamente, sus frutos en Europa, y reciben de Europa empréstitos y créditos, ¿qué conveniencia puede haber en entrar, por un sistema que quiere violentar al europeo, un sistema de moneda que no se recibiría, o se recibiría depreciada, en Europa?” (05/1891, *OC*, 6: 161–62) En una palabra, unirse con la potencia monopolista del Norte con una divisa en común representa un riesgo porque tendrá el efecto de segregar a los europeos del naciente sistema interamericano, la evolución lógica de la Doctrina de Monroe. Hacerlo implica un desastre para los latinoamericanos que venden sus productos al otro lado del Atlántico. Quizás un avezado en la lucha como Martí pueda discernir y comentar este dilema, pero ser amancebados del poder impide que los comisionados ultrajen a Estados Unidos o a los europeos.

¿Por qué los países hispanoamericanos no acuden en auxilio de Cuba? El caso de México es ilustrativo. El tratado que firmó con Estados Unidos (1883)⁴³ lo impulsó a sacar el mejor provecho sin prestar atención a la cuestión de Cuba. En uno de los últimos pensamientos de Martí registrado en una carta que dirigió a Manuel Mercado, formula lo que podría entenderse como una pregunta retórica: “Y México, ¿no hallará modo sagaz efectivo e inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende?” (18/05/1895, *OC*, 20: 162). El epistológrafo no entiende por qué los mexicanos no acuden a ayudarlo en su batalla para liberar la isla, como él antes había luchado con su pluma en contra de la pujanza estadounidense en México. Pero conforme a Knight, la expansión económica durante el porfiriato se basaba precisamente en las exportaciones.⁴⁴ Además, según Rojas, Porfirio Díaz no iba a entender un pedido como el de Martí puesto que “había basado su política exterior en un ejercicio sofisticado de la neutralidad.”⁴⁵ Este afán de mantenerse neutral puede atribuirse a la colonialidad, a no desairar a nadie con un espíritu independiente que repercutirá en sanciones. Por esta postura, Díaz no sería comprensible para el Apóstol cubano.

Martí reflexiona cómo el sistema puede causar estragos entre los pueblos meridionales y aboga por un comercio verdaderamente libre para superar la

hegemonía (05/1891, *OC*, 6: 160–61). Como ejemplo, relata cómo la República Dominicana niega ceder su bahía de Samaná a la potencia anglosajona, “y en castigo de su resistencia le imponen derechos subidos a su caoba” (28/09/1889, *EU*, 1301a). En esta observación y en otras, reconoce que el poder se define con el mercado que desembaraza los obstáculos logrando su máxima eficacia. Para remediar este tipo de provocación, Martí ofrece un consejo a las naciones latinoamericanas: “Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes,” recordando siempre un precepto sencillo: “El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve” (05/1891, *OC*, 6: 160). De fomentar el comercio entre iguales, ninguno se hace más poderoso y, a la inversa, se crean aliados más dignos de confianza. Para determinar la potencia relativa de los países, cada uno “ha de inquirir y ha de decir qué elementos componen el carácter del pueblo que convida y el del convidado” (05/1891, *OC*, 6: 158). Concluye reiterando: “Prever es la cualidad esencial, en la constitución y gobierno de los pueblos” (05/1891, *OC*, 6: 159). A continuación, dirige su atención a los latinoamericanos y avisa contra “confiar más en la virtud del progreso en los pueblos donde no nacieron que en el pueblo en que han nacido” (05/1891, *OC*, 6: 167). Han de conocerse y conocer al ajeno. En fin, lo que propone es una especie de paridad basada en una realidad socavada de las garras de una política disimuladora.

Sin embargo, lograr una paridad entre naciones dentro de una tormenta no es fácil, especialmente cuando se trata de múltiples tormentas económicas. El pensamiento de Fernando Ortiz establece un marco teórico para esclarecer la compleja realidad del ámbito caribeño en relación con el resto del mundo y, por lo tanto, las dificultades a las cuales Martí tiene que enfrentarse. Ortiz ve la circunstancia cubana como una atrapada entre “centripetismo y centrifugación,” entre “cubanidad y extranjería.”⁴⁶ Éstas constituyen las condiciones esenciales a las cuales responde Martí: como pensador centrípeto se acerca al centro para resguardar los intereses cubanos ante los españoles, pero al mismo tiempo se ve obligado a desarrollar un discurso centrífugo alejándose de la nación para inmischirse en la política interamericana, el enfoque de la investigación aquí presentada. Al explayarse en su discurso, es inevitable que Martí se enfrente con la “extranjería,” es decir con Estados Unidos y los mecanismos que usa para imponer el control informal. La paradoja la constituye el acercamiento al sistema económico que implica el alejamiento de la cultura.

Reconocida la paradoja, aunque dejada al lado, el tema es el sistema hemisférico y cómo Cuba se inserta en él. Los productos comerciales azúcar y tabaco, según Ortiz, se encuentran asociados inseparablemente a Cuba, y representan “sistemas viscerales de su economía.” Él precisa tales sistemas cuando detecta que ambos están inextricablemente ligados con la tierra, la maquinaria, el trabajo y el dinero.⁴⁷ En el “Tratado comercial entre los Estados Unidos y México,” Martí se adelanta al sociólogo comentando estos mismos: dinero,

tierra, y maquinaria. Reconoce que, en cuanto al tabaco, por la tierra y el clima mexicanos, “no parece que pueda producirlo México tan bueno como Cuba” (03/1883, *OC*, 7: 20). El caso del azúcar es distinto: “sí puede producirlo tan bueno” ya que la tierra es fértil (03/1883, *OC*, 7: 20). Entonces por la clase de suelo, bajo condiciones favorables, los dos países pueden cultivar el azúcar. La dificultad es que, haciéndolo, dos naciones, que deben ser hermanas, terminan compitiendo para obtener mercados estadounidenses.

Explicada la tierra, quedan la maquinaria y el dinero. Martí es consciente del papel de la primera en la supremacía global estadounidense y cómo con ella se conquista la ventaja. Con respecto al “Tratado comercial,” reconoce que México no puede competir con un país industrializado debido a que ejerce su comercio, “sin la ayuda de maquinarias poderosas” (03/1883, *OC*, 7: 18). Pero también da por cierto que el azúcar de México puede exportarse con ferrocarriles, lo cual le da una ventaja sobre Cuba, que necesita “máquinas” más complejas, “barcos.” Por eso, goza de “la facilidad de la colocación del fruto” (03/1883, *OC*, 7: 21). Se crea, entonces, una tensión competitiva entre los dos países latinoamericanos. Es posible conjeturar, entonces, que Porfirio Díaz no ayudara a Cuba en su lucha independentista porque, precisamente, la isla representaba una amenaza para la industria azucarera mexicana.

En lo que concierne al dinero, México lleva una ventaja definitiva sobre Cuba, que todavía tendrá que pagar su exportación “con derechos a su salida y llegada a los Estados Unidos” (03/1883, *OC*, 7: 21).⁴⁸ De acuerdo con esta situación, no podrá competir con un México libre de pagar tarifas según el tratado. En esta coyuntura, se nota que el azúcar está relacionado con el suelo cubano, pero que igualmente inserta a ese suelo en el mercado industrial del siglo XIX. Se podría argüir que su perspectiva es nacionalista, puede ver el impacto negativo, pero asimismo, él dilucida la articulación del neocolonialismo estadounidense en México como un dilema resbaladizo para ese país.

Admitido el centripetismo o nacionalismo de Martí, no se debe descartar la perspectiva de centrifugación, el horizonte internacional, donde él se preocupa por México. Con una lógica impecable, cautelosa de Estados Unidos y “su sistema de colonización,” el ensayista explica cómo “el tratado dejaría sin rentas al gobierno de México, que deriva hoy casi todas las suyas de los derechos de aduanas” (03/1883, *OC*, 7: 21). Otra vez se refiere a un convenio de libre comercio que cancelará las divisas necesarias para la hacienda nacional mexicana. En su análisis, el cubano especifica cómo sin rentas el Estado mexicano tendría que dejar de subvencionar la construcción de las vías férreas, por lo que entrarían otras compañías que financiarían el producto. Éstas, asociadas con los “magnates ferrocarrileros de los Estados Unidos” y con el mismo Ulysses Grant, que negoció el tratado, no representarían los intereses del pueblo y gobierno mexicanos sino los de los mismos magnates. Recapitulando,

cuando México pierde control de sus ferroviarios, pierde control de su exportación y, de ahí, de las ruedas de desarrollo, y finalmente de su soberanía.

Cuando Martí elabora su relación inversa de compradores mandones y vendedores avasallados anticipa lo que se llama la teoría de la dependencia.⁴⁹ Conforme a LaFeber, esta teoría considera el desarrollo latinoamericano como parte del sistema internacional que lo somete a los intereses de Europa y en particular de Estados Unidos.⁵⁰ Es, de hecho, una crítica al sistema. Los términos clave son “sistema internacional” e “intereses.” Para Martí, aquél no significa nada menos que los ideales consagrados al panamericanismo mientras que éstos son los de los estadounidenses. Lo que es obvio para la teoría de la dependencia, Martí lo supo en su momento, no reside tanto en que ésta, como explica Grosfoguel, rechace el mercado libre en sí, sino en la exposición de los elementos del engranaje neocolonial.⁵¹ Mignolo describe la teoría de dependencia como un “momento crucial de autodescubrimiento, de comprender la filosofía en Latinoamérica y el Tercer Mundo como parte de un sistema de dominación.”⁵² Con lenguaje de tal naturaleza, se sustentan paralelos entre la filosofía anticolonialista de Martí y la teoría posterior. La noción de autodescubrimiento, por ejemplo, coincide con la susodicha de autoanalizar que conduce a una corrección como la expuesta en “Nuestra América” cuando el ensayista declara que “conocer es resolver” (30/01/1891, *OC*, 6: 18). Por ésta y otras razones, el pequeño filósofo cubano se distingue como un temprano precursor a las teorías de dependencia y colonialidad, en su relación con las redes económicas hemisféricas.

El antilatinoamericanismo

Es importante reconocer la denuncia antiimperialista de Martí, pero sería un error hacerlo sin verla como una de muchos colores en la paleta del pintor. Otro sería una veta de antilatinoamericanismo, una postura que va en contra de la intuición, que responde a la ligazón perniciosa, poco comentada, entre Cuba y los otros países del hemisferio. El pensamiento martiano contesta a lo que Santí describe como la “ficción piadosa de unidad continental,”⁵³ lo que Morales llama la utopía panamericanista.⁵⁴ Esta ilusión se construye entre las dos Américas, la latina y la anglosajona, pero también se imagina entre las naciones latinoamericanas. Como bien sugiere Santí, “la exclusión de Martí y otros compatriotas contemporáneos suyos de las discusiones que interesaban a los delegados latinoamericanos” en el Congreso tuvo un impacto en el patriota; le hizo ver más claramente las cosas.⁵⁵

Este otro lado se da asimismo en “Madre América” y urge desentrañarlo. Martí corre con un velo no tan tupido sobre su discurso. Sin enfrentarse abiertamente a los pueblos hispanoamericanos, táctica que sería imprudente en su lucha por la independencia cubana, Martí toma una lección didáctica de la

historia. Recuerda que Pizarro entró en el Tahuatinsuyo entre las huestes fraccionadas de Atahualpa y Huáscar, que Cortés llegó a conquistar a los mexicas por la división entre éstos y los tlaxcaltecas, y que Alvarado pudo someter a los quichés por la soberbia de los t'zutujiles quienes creyeron autodefenderse (19/12/1889, *OC*, 6: 136).⁵⁶ Es fácil quitarle el velo a lo que Martí adelanta aquí: es una falta de cordura si los pueblos no se alían contra los pudientes, de no hacerlo terminarán como los quichés guatemaltecos, los nahuas mexicanos y los quechuas peruanos.

Mientras en el Congreso panamericano los centroamericanos andan unidos y el argentino Quintana engendra otra vez una superficie pulida diciendo que “un pueblo somos todos nosotros en América” (3/05/1890, *EU*, 1411b–11c), la coyuntura es otra y Martí no se engaña. Antes, en “Agrupamiento de los pueblos de América,” él había destacado la desatención entre las naciones de habla española, puesto que cada una va “en busca del gallardo novio” (10/1883, *OC*, 7: 325). Ahora, en el momento de clausura del Congreso, reconoce que los que deben ser hermanos no han introducido el tema de Cuba en las actas oficiales y “se volvieron al rincón” al observador “sin patria” (3/05/1890, *EU*, 1411c). Se pone al desnudo que las apariencias mienten y las palabras esconden las realidades subyacentes. Pero Martí no puede llamar egoístas a las repúblicas fraternales porque, conforme a lo que Santí llama sus “intereses estratégicos,”⁵⁷ tiene que llevar una sonrisa y esperar su auxilio a Cuba.

Esta sección se cierra con el concepto que tiene Martí del sueño de Simón Bolívar, que podría leerse como una primera instancia de latinoamericanismo. Una reacción contra éste se detecta cuando Martí critica a su esfuerzo de “unir bajo un gobierno central y distante los países de la revolución,” suprimiendo “la revolución americana, nacida, con múltiples cabezas, del ansia del gobierno local y con la gente de la casa propia” (04/11/1893, *OC*, 8: 247).⁵⁸ Pensando en Venezuela, donde había vivido Martí, se puede cotejar este Bolívar digno de desconfianza y José Antonio Páez, el llanero auténtico quien representa para Martí el “ansia del gobierno local.” No obstante sus fallas, Páez se pinta en Martí como “grande” frente al Libertador (11/06/1890, *OC*, 8: 218). ¿Cómo muestra Martí recelo ante Bolívar⁵⁹ mientras que ensalza el gobierno de Páez? La respuesta a esta interrogante se encuentra al dispersar la pantalla de humo descubriendo que los diversos países buscan su ventaja particular, olvidándose de la cuestión antillana. El modelo de Páez, a pesar de su regionalismo, es más honesto; en él las palabras y las acciones coinciden. Visto por esta óptica, el panbolivarianismo puede emplearse para encubrir una neocolonialidad vigorosa mientras que la reminiscencia de Páez sirve de metáfora para la autenticidad. Al poner el latinoamericanismo al desnudo, se ve claramente que Martí no confiaba en la solidaridad aparente de los demás pueblos fraternales ante la cuestión de la independencia cubana.

Martí, navegante en un mar minado por el psicocolonialismo

El psicocolonialismo, acaso neologismo mío, no se trata de ejércitos y empresas transnacionales sino del efecto que éstos tienen en la mente. Martí sin usar una terminología concisa parecía estar consciente del fenómeno. Entre los diplomáticos Martí reconoce a los buenos y a los malos: “Y mientras unos se preparan para deslumbrar, para dividir, para intrigar, para llevarse el tajo con el pico del águila ladrona, otros se disponen a merecer el comercio apetecido con la honradez del trato y el respeto a la libertad ajena” (28/09/1889, *EU*, 1303a). Ya comentamos a los segundos. Con respecto a los primeros, los colonialismos fomentan una especie de temperamento maligno en ellos que fortifica, a la vez, las mismas redes de subordinación. Éstas, en cambio, dejan sus huellas en la psique de una población que ha permanecido en la subalteridad. De acuerdo con los estudios de Frantz Fanon en la Argelia francesa, el imperialismo expulsa el ego del sujeto colonizado por un proceso de mutilación.⁶⁰ Kebede, reflexionando sobre tamañas ideas, explica que un pueblo colonizado, aun después de liberarse del yugo colonial, sufre de un complejo psicológico de siempre ir a la zaga. Éste resulta de una destrucción de la cultura autóctona por el doble proceso de una asimilación forzada y de un discurso hegemónico que supone el sujeto colonial como primitivo.⁶¹ Este fenómeno no ha sido estudiado tanto después de Fanon, con la excepción de los estudios recientes de David y Okasaki sobre los filipinos. Estos dos investigadores han concluido que después de tres décadas de colonialismo directo estadounidense sobre los filipinos, éstos han interiorizado “la inferioridad que el colonizador impone.”⁶² Dos formas comunes para compensar este avasallamiento interiorizado son 1) tratar de emular al colonizador viéndolo como modelo superior y 2) discriminar o desatender a los prójimos que vienen del mismo grupo subordinado.⁶³ Es precisamente esta transculturación, esta subestimación, en todas sus variantes, que crea en el sujeto una colonialidad mental. Mientras no todos responden a la colonialidad de esta manera (unos resisten, otros adoptan una postura apática) son los que padecen del comportamiento emulación-discriminación quienes desarrollan una serie de mecanismos para buscar ventaja en las situaciones difíciles. Fanon, en su brillante ensayo sobre la revolución argelina, comenta lo ocurrido en Camerún. Antes de evaporarse allí, el colonialismo sembró mentiras y rencores entre los habitantes.⁶⁴ Estos comportamientos documentados en cameruneses y filipinos, sujetos colonizados, pueden verificarse asimismo en los sujetos neocolonizados, aunque más difícil de detectar o cuantificar. Según se esperarí, los comportamientos traicioneros, embusteros y rencorosos que resultan de las costumbres de emulación al neocolonizador no se engendran con la luz del día. Más bien estas pautas de conducta se efectúan lejos del ojo público.

Arriba comenté la conciencia mayor de Martí del “sistema de oculta-

ciones” y cómo el lenguaje puede utilizarse para cubrirlo. Lo subrepticio puede residir en documentos secretos o simplemente en las honduras mentales de los que sacan provecho de aquél. En tal caso, cuando los individuos guardan las tácticas de control en sus propias mentes, se establece un proceso de psicocolonialismo constituido por subterfugios, artimañas, disimulos y diversos abusos del poder incalificables, inmensurables, que generan la psicocolonialidad en los sujetos con quienes tiene contacto. El resultado de la maldad/colonialidad no sólo impacta en los conciudadanos sino también en los pensadores, en palabras de Fernández Retamar, cuando “una zona de su intelectualidad se pone al servicio directo o indirecto del poder metropolitano.”⁶⁵ Lamentablemente, la psicocolonialidad es perceptible sólo por una arqueología de poder, meta del pregonero cubano. Este objetivo es posible sólo con una voluntad pulcra, la que puede penetrar y debilitar la penitenciaría de la colonialidad.

La psicocolonialidad se relaciona con los “intereses,” conceptos mentales orientados hacia las intrigas, frecuentemente asociados con el afán de amontonar riqueza tal como se percata en el modelo estadounidense. Por ejemplo, cuando un inversionista tiene acciones en una mina, tendrá interés en una política para mejorar su ganancia. El origen de este interés reside en la psique. La aspiración material de que sufre, una neurosis egoísta, es prescindible puesto que no fomenta necesariamente un bien social. La psicocolonialidad, entonces, funciona como un resorte amoral para las acciones del inversionista. Dada la ausencia de un ideal generoso, igualitario o libertario en las personas, las mentalidades acomodaticias que desembocan en las acciones fiduciarias suelen ser psicocolonialistas.

Aunque Martí no profundiza de esta manera en su análisis, sí intuye ciertos aspectos que proporcionan un punto de partida para entender el psicocolonialismo. Sus cartas a Gonzalo de Quesada, donde se expone el pensamiento privado sobre el espíritu humano, discuten los elementos esenciales de la psicocolonialidad y su inversa, la honradez, la honestidad. La realidad se adultera con discursos y documentos (psicocolonialismo), pero la génesis de aquellos actos reside en la mente (psicocolonialidad). Ésta, una condición psicológica, iría de persona en persona así como los chismes van de boca en boca.

El vocabulario de Martí es otro, pero su discernimiento procede por el mismo rumbo. Cuando escruta su contorno, se da cuenta de “tanta fealdad de alma” (16/11/1889, *OC*, 6: 122). En la misma carta ve “los vendidos” junto a los numerosos “venales,” los que tienen la índole de venderse, los vendibles (16/11/1889, *OC*, 6: 122). El que se vende lo hace por su propia voluntad, la cual se desfigura al compenetrar las redes de subordinación. La voluntad se permuta porque se acomoda con la clase acomodada. Esta situación se complica porque las acciones concretas se llevan a cabo con el camuflaje. A Gonzalo de Quesada, Martí proclama que “por el interés acceden los hombres a falsear la verdad” (29/10/1889, *DC*, 26). La red neocolonial se expande porque

a esta condición psíquica no le gusta la soledad y busca congraciarse con espíritus afines. Los individuos contaminados de esta anemia moral “andan buscando quien obrando como ellos les sirva de excusa a sus propios ojos” (16/11/1889, *OC*, 6: 123). Lo que describe el sabio ensayista no es sino la psicocolonialidad que va esparciéndose en ámbitos cada vez más dilatados. Él desarrolla estas observaciones sin poder explicar el porqué, limitándose a ver el cómo, la forma en que los venales actúan en la realidad neocolonial. Está al borde de reconocer que las almas feas denuncian los síntomas de psicocolonialidad.

Y, ¿qué impacto tiene el psicocolonialismo en las acciones de hombres y mujeres? Hay dos lados de la moneda, los que no sufren de esta psicosis pero tienen que tomarla en cuenta, y los que sufren de ella. Al primer grupo pertenece Martí, un pensador con ideas liberadas, pero que no puede expresarlas abiertamente. Su amigo Gonzalo le confirma lo mismo: “En las manos de todos no podemos poner nuestro pensamiento, porque sería lo mismo que entregarlo al enemigo” (13/12/1889, *OC*, 6: 126). Al segundo grupo pertenecen los actores psicocolonizados que proceden en la oscuridad, sin revelar sus pensamientos, mientras traman confabulaciones en sus mentes para generar colonialismos mayores entre los prójimos. El resultado es que los dos corpus de ideas no se ponen en contacto para curar la psicosis, para cultivar un término medio o para buscar el bien de la humanidad.

A estas alturas el sentimiento de pesar que acometía a Martí se hace patente. Se desnuda ante el lector admitiendo “la desazón que los corazones limpios sienten en la compañía forzosa y abominable de los hombres que en una u otra forma venden su honor al interés” (16/11/1889, *OC*, 6: 123). Y de la misma forma, “las almas nacidas para la honradez no tienen conveniencia, ni viven tranquilas, fuera de la honradez” (16/11/1889, *OC*, 6: 122). Martí se decepciona, confesando en sus propias palabras que siente un “odio cada día mayor a la pluma, que no vale para clavar la verdad en los corazones” (12/11/1889, *OC*, 6: 121). Se desilusiona tanto que siente “náuseas de muerte” (16/11/1889, *OC*, 6: 123). Aun conociendo el engranaje del “sistema de ocultaciones,” Martí se deprime, sintiendo su impotencia ante ello. Una lectura de estos pasajes hace que Rojas concluya que, con este desengaño, Martí “se inmola en su primer encuentro con la guerra.”⁶⁶ Pero antes de aquel día fatal de 1895, cuando Martí todavía habla del alma, del corazón y del odio, habla de la mente y la ausencia de la tranquilidad, la condición más ansiada, y de la “honradez,” el hábito más idóneo de todos, de ser escuchado, podrían haber constituido el comienzo de un remedio para la psicocolonialidad. Esto es lo que distingue a Martí de sus prójimos que se rinden ante el inmenso piélagos minado por la ciénaga neocolonial y las repercusiones de ésta en las mentalidades latinoamericanas. La psicocolonialidad apenas vislumbrada en este trabajo, el motor mismo de los colonialismos, merece más atención,⁶⁷ desde los campos de

la cultura, la psicología y la economía, para alcanzar una auténtica postura poscolonial. José Martí es un excelente sujeto para comenzar a abrir esta brecha.

NOTAS

1. La ponencia que generó este artículo, “José Martí, entre la colonialidad y el poscolonialismo,” se pronunció en una sección sobre José Martí organizada por Jesús Díaz-Caballero en el XXV Congreso Internacional de LASA, Las Vegas, Nevada, 7–9 de octubre de 2004. Las conversaciones placenteras que mantuve con Jesús y los comentarios útiles de dos lectores anónimos de *Cuban Studies* me ayudaron a formular mejor mis ideas. Agradezco inmensamente sus sugerencias. Cualquier yerro en este artículo, sin embargo, no resulta de ellos sino de mi incapacidad para expresarme mejor.

2. Las referencias a los textos de Martí se encontrarán entre paréntesis. Para facilitar la lectura se abreviarán *En los Estados Unidos* en *EU*, *Obras completas* en *OC*, y *Dos congresos* en *DC* y se incluirán la fecha de composición del artículo enumerada con el orden día, mes, año. Cuando no se sabe el día de composición, se limitará a enumerar el mes y el año. En algunos casos sólo se conoce el año. Cuando se desconoce la fecha de composición, se usará la fecha de publicación. Debido a que cuantiosos artículos asociados con este tema llevan títulos de “En los Estados Unidos,” “Carta de Nueva York,” “Carta de Martí” o variantes, “Congreso de Washington,” “Congreso americano,” o variantes, su uso podría generar confusión, por lo que no se incluyen cuando no añadan a la discusión, pero siempre ofreciendo las fechas de composición o publicación, una abreviatura del título y la página.

3. El *poscolonialismo*, no obstante lo esquivo que es, sería la búsqueda de la vida política, económica, cultural o intelectual libre de todos los colonialismos. Como el mundo sigue rigiéndose por los diversos colonialismos (racismo, sexismo, fanatismo, egoísmo, despotismo, empréstitos, inversiones transnacionales y globalización), es todavía utópico hablar de realidades poscoloniales. El debate sobre el poscolonialismo es demasiado amplio y acalorado (Zevallos-Aguilar, “Teoría poscolonial”; Pérez, “El poscolonialismo”; de Toro, “The Postcolonial Question”; y Thurner, *After Spanish Rule*) para discutir aquí; lo que interesa en esta oportunidad son los diversos mecanismos colonialistas y cómo Martí responde a ellos.

4. *Real Academia Española*, 4: 489.

5. González Prada, *Páginas libres*, 144. Parece que mis conclusiones son distintas de las de Vitier, “Resistance and Freedom,” 247, para quien la cultura latinoamericana, dado sus orígenes anticoloniales, es estructuralmente revolucionaria.

6. Fernández Retamar, *Introducción a José Martí*, 38.

7. Pérez, *Cuba Between Empires*, 4–17, explica la génesis de los dos partidos políticos que surgen a raíz de la Guerra Grande (1868–1878), la Unión Constitucional y el Partido Autonomista así como el desarrollo paulatino del Partido Revolucionario Cubano guiado por Martí.

8. Ortiz, *Contrapunteo cubano*, 257.

9. Casanovas, *Bread, or Bullets!*, 16. No es coincidencia que la novela *Sab* de Gómez de Avellaneda (1841) ya representa el cultivo del azúcar en un contexto con el comercio inglés que operaba en Cuba formando relaciones familiares y empresariales con la antigua aristocracia terrateniente.

10. Pérez, *Cuba Between Empires*, 18–19.

11. Pérez Nápoles, *Martí: el poeta armado*, 74–76.

12. Sicker, *The Geopolitics of Security*, 16, 17, 21, 45; Blaine, en Houghton, *Early Life and Public Career*, 180; véase también Perkins, *The Monroe Doctrine*, esp. 3: 1–64.

13. Según Sicker, *The Geopolitics of Security*, 48, el término panamericano se usó por primera vez en la prensa norteamericana el 27 de julio de 1882.

14. Scheman, "Rhetoric and Reality," 2.
15. Brody y González, "Nunca Más," 400–2.
16. Casey, "The Creation and Development of the Pan American Union," 437–50.
17. LaFeber, *Inevitable Revolutions*, 33.
18. Cockcroft, *Latin America: History, Politics, and U.S. Policy*, 291.
19. LaFeber, *Inevitable Revolutions*, 33–34.
20. Pérez, *Cuba Between Empires*, 19, 24–26.
21. Fernández, *Encumbered Cuba*, 40.
22. Halperin Donghi, *Historia contemporánea*, 279.
23. Estrade, *José Martí: Los fundamentos*, 67.
24. Halperin Donghi, *Historia contemporánea*, 215.
25. Mignolo, *Local Histories*, 9.
26. Rotker, "The (Political) Exile Gaze," 69.
27. Mead, "Sarmiento, Martí y los Estados Unidos," 146.
28. Difícil es teorizar sobre las razones exactas del cambio de parecer de Martí sobre Blaine, ni es el propósito de este estudio esbozar la evolución de las ideas del pensador. Sin embargo, se puede afirmar que el cambio ocurre después de dos años, entre los artículos sobre Blaine el Secretario de Estado y los artículos sobre Blaine el candidato para la presidencia en la Convención Republicana, los primeros escritos para el pueblo venezolano en *La Opinión Nacional*, los otros para el pueblo argentino en *La Nación*. Representa el paso definitivo al segundo período propuesto por Rotker sobre Martí en Estados Unidos.
29. LaFeber, *Inevitable Revolutions*, 32–33.
30. Morison, *A History of the American People*, 737.
31. Morison, *A History of the American People*, 738; traducción del autor.
32. James G. Blaine, "Mr. Blaine to Mr. Trescot," December 16, 1881, en *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States*, 151–52.
33. Dos perspectivas casi opuestas pueden encontrarse en Healy, *James G. Blaine and Latin America*, 54–75 y Ballón Aguirre, *Martí y Blaine*, ésta más cercana a la de Martí.
34. También hay o no las hay actividades ocultas entre los empresarios estadounidenses del ferrocarril en Perú, relacionadas, o no, con Blaine. Lo que éste dice a su ministro en Perú, Stephen Hurlbut es lo siguiente: "It is hardly conceivable that under any circumstances whatever your government would consent that its minister should accept such a position, but for the minister himself, without instruction and without permission, to assume the charge of an extensive financial scheme for the purchase, completion, and transfer of a railroad is an utter disregard of every rule of prudent and propriety that should govern the conduct of a representative of the country. At a time like the present, when the ruins of Peruvian interests and the embarrassment of that government in its almost hopeless attempts to contrive a method of raising money have given birth to so many speculative schemes, and filled the press with accounts of contending companies and their enticing proposals, the direct participation of the American minister in a plan for the reorganization of a railway wreck cannot fail to lead to misapprehensions on the part of other governments. . . ." "Mr. Blaine to Mr. Hurlbut," December 3, 1881, en *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States*, 957. ¿Qué diría Martí? Que lo que se ve no es lo que es y lo que no se ve es lo que es.
35. Ballón Aguirre, *Martí y Blaine*, 163–66.
36. Cristóbal, *Literatura y sociedad*, 178.
37. "Commercial Relations with Respect to Cuba and Puerto Rico", documentos variados en *Treaties and Other International Agreements of the United States of America, 1776–1949*, en Bevens, ed., 11: 571–96.
38. Klarén, *Peru*, 177.
39. "Mr. Cabrera to Mr. Blaine," 9 de mayo de 1881, en *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States*, 93–94.

40. LaFeber, *Inevitable Revolutions*, 11, 32, 48.
41. "Commerce," artículos y protocolos en *Treaties and Other International Agreements of the United States of America, 1776–1949*, en Bevens, ed., 9: 855–65.
42. Morales, *Primera conferencia panamericana*, 97–98, comenta la perspectiva europea.
43. "Commerce," artículos y protocolos en *Treaties and Other International Agreements of the United States of America, 1776–1949*, en Bevens, ed., 9: 855–65.
44. Knight, "Patterns and Prescriptions in Mexican Historiography," 349.
45. Rojas, *La invención de Cuba*, 28.
46. Ortiz, *Contrapunteo cubano*, 140.
47. Ortiz, *Contrapunteo cubano*, 138, 139. Véase también Fernández, *Encumbered Cuba*, 43–49, 55–57, etc.
48. Diez meses después el gobierno de Estados Unidos abrirá una brecha casi infinita en Cuba cuando negocia con el gobierno real de España la supresión de tarifas para el comercio cubano-norteamericano. "Commercial Relations with Respect of Cuba and Puerto Rico," en *Treaties and Other International Agreements of the United States of America, 1776–1949*, en Bevens, ed., 11: 571.
49. No sería el único antecedente. Grosfoguel, "Developmentalism," 350, descubre una escuela de precursores en la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX.
50. LaFeber, *Inevitable Revolutions*, 16–17.
51. Grosfoguel, "Developmentalism," 356, censura la teoría de dependencia porque no toma en cuenta las dinámicas culturales e ideológicas, 359. Martí la anticipa desde este ángulo también cuando niega la existencia de razas en "Nuestra América," por ejemplo. Para su actitud ante la raza, consúltese el estudio clásico de Stabb, "Martí y los racistas;" Schulman, *Relecturas martinistas*, 48–52, y Ferrer; "The Silence of Patriots."
52. Mignolo, *Local Histories*, 54; traducción del autor.
53. Santí, *Pensar a Martí*, 103.
54. Morales, *Primera conferencia panamericana*, 93, 101.
55. Santí, *Pensar a Martí*, 104.
56. Martí pudo haber mencionado también los cakchiqueles quienes se aliaron con Alvarado mientras los t'zutujiles no se alistaron con ningún bando.
57. Santí, *Pensar a Martí*, 104.
58. Un buen lugar para seguir pensando sobre Bolívar y Martí se encuentra en Abel, "Martí, Latin America and Spain," 125–28.
59. Antes, como en una carta a Valerio Pujol, Martí elogia al Libertador cuando dice que "El alma de Bolívar nos alienta" (27/11/1877, *OC*, 7: 111). Estos cambios de postura sugieren una evolución en las ideas de Martí ya que esta cita viene de una carta de 1877 y los ensayos sobre Páez, San Martín y Bolívar son de 1888, 1891 y 1893 respectivamente.
60. Fanon, *A Dying Colonialism*, 65.
61. Kebede, "The Rehabilitation of Violence," 540.
62. David and Okasaki, "The Colonial Mentality Scale," 242; traducción del autor.
63. David and Okasaki, "The Colonial Mentality Scale," 242.
64. Fanon, *A Dying Colonialism*, 31.
65. Fernández Retamar, *Introducción*, 39.
66. Rojas, *La invención de Cuba*, 70. Estas ideas (y el libro de Rojas) sobre la muerte de Martí me las sugirió el colega y amigo Ángel Esteban quien, después de brindar una charla sobre "Martí y el primer manifiesto modernista" en Loyola College Halloween del 2003, me teorizó que Martí, puesto que no pudo efectuar su misión libertadora en vida, tomó la decisión de suicidarse pensando que podría hacer más como mártir que cronista.
67. David and Okasaki son los primeros en estudiar este fenómeno después de Fanon.

OBRAS CITADAS

- Abel, Christopher. "Martí, Latin America and Spain." *José Martí: Revolutionary Democrat*. Eds. Christopher Abel y Nina Torrents. Durham, N.C.: Duke University Press, 1986: 124–52.
- Ballón Aguirre, José. *Martí y Blaine en la dialéctica de la Guerra del Pacífico (1879–1883)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.
- Bevans, Charles I., comp. *Treaties and Other International Agreements of the United States of America, 1776–1949*. 13 vols. Washington: Department of State Publications, 1968–1976.
- Brody, Reed y Felipe González M. "Nunca Más: An analysis of International Instruments on 'Disappearances.'" *Human Rights Quarterly* 19.2 (1997): 365–405.
- Casanovas, Joan. *Bread, or Bullets! Urban Labor and Spanish Colonialism in Cuba, 1850–1898*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1998.
- Casey, Clifford B. "The Creation and Development of the Pan-American Union." *The Hispanic American Historical Review* 13.4 (Noviembre 1933): 437–56.
- Cockcroft, James D. *Latin America: History, Politics, and U.S. Policy*. Segunda edición. Chicago: Nelson-Hall, 1996.
- Cristóbal, Armando. *Literatura y sociedad en Cuba: Seis aproximaciones*. Madrid: Libertarias, 2003.
- David, E.J.R. y Sumie Okasaki. "The Colonial Mentality Scale (CMS) for Filipino Americans: Scale Construction and Psychological Implications." *Journal of Counseling Psychology* 53.2 (2006): 241–52.
- De Toro, Fernando. "The Postcolonial Question: Alterity, Identity and the Other(s)." *El debate de la poscolonialidad en Latinoamérica. Una postmodernidad periférica o cambio de paradigma en el pensamiento latinoamericano*. Eds. Alfonso de Toro y Fernando de Toro. Madrid/Fránkfort del Meno: Iberoamericana/Vervuert, 1999: 101–36.
- Estrade, Paul. "La acción de José Martí en el seno de la Comisión Monetaria Americana." *José Martí, militante y estratega*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales/Centro de Estudios Martianos, 1983.
- . *José Martí: Los fundamentos de la democracia en Latinoamérica*. Madrid: Dos Calles, 2000.
- Fanon, Frantz. *A Dying Colonialism*. Tr. Haakon Chevalier. Nueva York: Grove Press, 1965.
- Fernández, Susan J. *Encumbered Cuba: Capital Markets and Revolt, 1878–1895*. Gainesville: University Press of Florida, 2002.
- Fernández Retamar, Roberto. *Introducción a José Martí*. La Habana: Centro de Estudios Martianos/Casa de las Américas, 1978.
- . "About My Writing on Martí's Work". *World Literature Today* (Verano–otoño 2002): 17–23.
- Ferrer, Ada. "The Silence of Patriots: Race and Nationalism in Martí's Cuba." *José Martí's "Our America": From National to Hemispheric Cultural Studies*. Eds. Jeffrey Belnap y Raúl Fernández. Durham, N.C.: Duke University Press, 1998: 228–49.
- González Prada, Manuel. "Valera, poeta y epistolario." *Páginas libres y Horas de lucha*. Ed. Luis Alberto Sánchez. Caracas: Ayacucho, 1976: 135–48.
- Grosfoguel, Ramón. "Developmentalism, Modernity, and Dependency Theory in Latin America." *Nepantla: Views from South* 1.2 (2000): 347–74.
- Halperin Donghi, Tulio. *Historia contemporánea de América latina*. Decimotercera edición. Madrid: Alianza Editorial, 2001.
- Healy, David. *James G. Blaine and Latin America*. Columbia/Londres: University of Missouri Press, 2001.
- Houghton, Walter R. *Early Life and Public Career of Hon. James G. Blaine, Patriot, Statesman and Historian . . . Including a Biography of General John A. Logan, and Embracing a History of*

- the Principles and Achievements of the Republican Party*. Mansfield, OH: The Home Publishing Company, 1884.
- Kebede, Messay. "The Rehabilitation of Violence and the Violence of Rehabilitation: Fanon and Colonialism." *Journal of Black Studies* 31.5 (Mayo 2001): 539–62.
- Klarén, Peter Findell. *Peru: Society and Nationhood in the Andes*. Nueva York/Oxford: Oxford University Press, 2000.
- Knight, Alan. "Patterns and Prescriptions in Mexican Historiography." *Bulletin of Latin American Research* 25.3 (Julio 2006): 340–66.
- LaFeber, Walter. *Inevitable Revolutions: The United States in Central America*. Segunda edición. Nueva York: Norton, 1993.
- Martí, José. *Obras completas*. 27 vols. La Habana: Editorial Nacional de Cuba, 1963–1973.
- . *Dos congresos: las razones ocultas*. Ed. Centro de Estudios Martianos. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1985.
- . *En los Estados Unidos: Periodismo de 1881 a 1892*. Eds. Roberto Fernández Retamar y Pedro Pablo Rodríguez. Madrid: ALLCA XX (Colección Archivos), 2003.
- Mead, Robert G. "Sarmiento, Martí y Estados Unidos: Semejanzas y divergencias." *Cuadernos Americanos* 16 (Noviembre–Diciembre 1976): 141–155.
- Mignolo, Walter D. *Local Histories/Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking*. Princeton: Princeton University Press, 2000.
- Morales, Salvador E. *Primera conferencia panamericana: Raíces del modelo hegemónico de integración*. México: Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1994.
- Morison, Samuel Eliot. *History of the American People*. Nueva York: Oxford University Press, 1965.
- Ortiz, Fernando. *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Ed. Enrico Mario Santí. Madrid: Cátedra, 2002.
- Quijano, Aníbal. "Colonialidad del poder y clasificación social." *Journal of World Systems Research* 6.2 (verano–otoño 2000): 342–86.
- Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, Transmitted to the Congress, with the Annual Message of the President, December 5, 1881*. Washington: Government Printing Office, 1882.
- Pérez, Alberto Julián. "El postcolonialismo y la inmadurez de los pensadores hispanoamericanos." *El debate de la postcolonialidad en Latinoamérica. Una postmodernidad periférica o cambio de paradigma en el pensamiento latinoamericano*. Eds. Alfonso de Toro y Fernando de Toro. Madrid/Francia del Meno: Iberoamericana/Vervuert, 1999: 199–213.
- Pérez Jr., Louis A. *Cuba Between Empires, 1878–1902*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1983.
- Pérez Nápoles, Rubén. *Martí: el poeta armado*. Madrid: Algaba, 2004.
- Perkins, Dexter. *The Monroe Doctrine: 1823–1826, 1826–1867, 1867–1907*. 3 vols. Reimpresión. Gloucester, MA: Peter Smith, 1965–1966.
- Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*. 10 vols. Vigésima segunda edición. Madrid: RAE, 2001.
- Rojas, Rafael. *La invención de Cuba*. Madrid: Editorial Colobri, 1999.
- Rotker, Susana. "The (Political) Exile Gaze in Martí's Writing on the United States." *José Martí's "Our America": From National to Hemispheric Cultural Studies*. Eds. Jeffrey Belnap, Raul Fernandez. Durham, N.C.: Duke University Press, 1998: 58–76.
- Santí, Enrico Mario. *Pensar a José Martí: notas para un centenario*. Boulder: Society of Spanish and Spanish-American Studies, 1996.
- Scheman, L. Ronald. "Rhetoric and Reality: The Inter-American System's Second Century." *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* 29.3 (Otoño 1987): 1–31.
- Schulman, Iván A. *Relecturas martianas: narración y nación*. Amsterdam/Atlanta: Rodopi, 1994.

- Sicker, Martín. *The Geopolitics of Security in the Americas: Hemispheric Denial from Monroe to Clinton*. Westport/Londres: Praeger, 2002.
- Stabb, Martín S. "Martí y los racistas." *Iberoamérica*. Ed. Robert G. Mead, Jr. México: Ediciones de Andrea, 1962: 91–99.
- Thurner, Mark y Andrés Guerrero, eds. *After Spanish Rule: Postcolonial Predicaments of the Americas*. Durham, N.C.: Duke University Press, 2003.
- Vitier, Cintio. "Resistance and Freedom," *boundary 2* 29.3 (2002): 247–52.
- Zevallos-Aguilar, Juan. "Teoría poscolonial y literatura latinoamericana: Entrevista con Sara Castro-Klarén." *Revista Iberoamericana* 176–77 (1996): 963–71.